

*GUADALUPANISMO Y  
LIBERTAD ARTISTICA*

Desde que los países no europeos entroncaron su historia con la de los países hoy llamados avanzados, sus acciones se han efectuado a partir de una obsesión: el acceso a la modernidad. Pero ello no sin contradicciones ni forcejeos. Con todo, al estar ya dentro de la urdimbre de las relaciones internacionales y de confiar su porvenir en un modelo que, bien que mal, otras naciones han logrado aplicar, estos países viven la paradoja de padecer o disfrutar (según el lente con que se vea el asunto) algunas de las consecuencias que la modernidad humanista trae consigo, con la desventaja de no contar con los recursos suficientes para que el esquema funcione acéitadamente, lo que ocasiona toda una suerte de defectos y fallas que impiden que las cosas marchen con óptima operatividad.

¿Se habrá equivocado la historia al engarzar tradiciones distintas y hasta opuestas colocando a estos países en un callejón sin salida? O, siguiendo a Vasconcelos, la mezcla de razas y culturas constituye no una desgracia sino una fortuna, ya que anuncia el nacimiento de una nueva raza proteica, plural, heredera y sintetizadora de lo mejor de todas las tradiciones culturales y civilizadoras.

Lo cierto es que la apuesta está hecha desde hace mucho tiempo. Los países "no desarrollados" quieren, como sea, desarrollarse y gozar de los beneficios que la civilización humanista moderna ofrece a quienes creen en ella. Es el gran leitmotiv de todas las ideologías políticas actuales. Cómo lo lograrán, y si ello es posible, es algo que aún no está resuelto.

Por lo demás, en los países que hoy escalan la pendiente que los llevará a la presunta cima de una modernidad ma-

dura, existen sectores reacios que se resisten a ingresar incondicionalmente a esta región edénica.

Caciques conservadores, líderes sindicales corporativistas, políticos robaurnas, fanáticos aterrados con los anticonceptivos, abortos y blasfemias proferidas a sus ídolos: he aquí parte del elenco de los renuentes a dar el salto a la mayoría de edad histórica.

En México los conocemos bien. Son ellos, junto con otros, los que se oponen a que el país mude de piel, extirpándose una vieja y carcomida y se atavie con una nueva y reluciente, es decir, con una moderna.

Ocupémonos brevemente de uno de estos personajes: el fanático religioso, que a últimas fechas ha dado muestras de briosas reacciones contra la modernidad en las artes. Nos referimos a lo acontecido en el mes de enero de 1988, cuando un grupo religioso de ascendencia guadalupana irrumpió físicamente contra dos exposiciones de pintura; una montada en el Museo de Arte Moderno y otra en el Auditorio Nacional, en las que se mostraba el rostro de la virgen de Guadalupe suplantado por el de la actriz norteamericana Marylin Monroe, la faz de Jesucristo por la de Pedro Infante, y el autorretrato de uno de los artistas en forma de crucificado; además de amenazar verbalmente a los hacedores de la obra de teatro de Oscar Panizza *El concilio del amor*, escrita a principios de este siglo y representada durante los primeros meses de 1988 en un teatro de la Ciudad de México.

Como estas obras laceraron su susceptibilidad religiosa, este grupo decidió, sin más, blandir el estandarte de la virgen de Guadalupe y en su nombre boicotear las exhibiciones, lo que consiguió en el caso de las dos exposiciones de pintura.

Más allá de calificar de buenas o malas a estas obras, interesa señalar que ante todo han sido juzgadas por su contenido extra-artístico, ideológico si se quiere. Estas actitudes

viscerales teñidas de colorete religioso revelan una vez más que la tentación o necesidad de enturbiarse las almas en el mundo inferior de la finitud humana aún cala sobremanera en aquellos que persiguen trascenderlo. A final de cuentas el reino del César a veces interesa más que el de Dios.

Los tiempos modernos trocaron la religión y la mística en una bandeja de súplicas y reclamos pediguños. El guadalupanismo en México es, entre otras cosas, eso: una actitud pseudo religiosa que se bifurca, por un lado, hacia la búsqueda de consuelos compensadores de los malestares y penas, de peticiones desesperadas de todo tipo; y por otro lado, una bandera que sirve de excelente pretexto para manifestar y emprender posturas políticas supuestamente fieles al canon cristiano, pero en realidad llenas de parcialidad y moralismo pedestre.

Los cristianos nos tienen habituados a ello. Más que una religiosidad que concilie lo superior con lo inferior estableciendo vasos comunicantes y armonía entre ambas dimensiones, se han empeñado en hacerlos chocar, en oponerlos, convirtiendo, además, a la religión en una ventanilla de quejas y solicitudes de bienestar y, por supuesto, de viajes al más allá.

¿Cómo concebir la religión en un periodo de modernización, de madurez histórica, como al que tiende México? La modernidad ha proclamado su filia por la tolerancia y la libertad de credo. Con una población guadalupana más preocupada por el bienestar material y social que por una conducta alternativa a los valores del humanismo moderno (no olvidemos que el humanismo nació y se desarrolló contra los principios cristianos) la subida al cielo moderno de México, si es que este ascenso llega a coronarse, tendrá que pasar por una serie de ajustes, que no de transformaciones.

Por ejemplo, los guadalupanos se verán obligados a aceptar el aborto y —como ya comienzan a hacerlo— los anti-conceptivos. En cuanto a la libertad en el arte resulta difícil

adivinar su actitud; lo que sí, dada la ampliación de la tolerancia, tendrán que renunciar al sabotaje y al boicot. Lo demás: sus mandas y demandas a la virgen, así como la colocación de iconos de la Guadalupe en todo tipo de negocios y estanquillos, seguramente continuarán realizándose.

Sin embargo, el verdadero problema de la modernidad en relación con la religión es otro: el del surgimiento de un nuevo espíritu religioso distinto al cristiano oficial, que desde el siglo pasado, por voz y obra de artistas y filósofos de muy distinto origen, ha venido gestándose, aunque en México de manera limitada. Esta nueva tradición, crítica a su vez de los principios más caros del humanismo, ¿habrá de colocar las piedras primeras de lo que constituirá una idea nueva de la cultura? El tiempo lo dirá. Por lo pronto, no hay que confundir guadalupanismo con verdadera religiosidad. Lo sucedido en enero de 1988, es una pequeña muestra de ello.

**Jorge García-Robles**